

UM SA^cD

(Segunda parte)

GASSĀN KANAFĀNĪ

Introducción y traducción del árabe por
ADRIANA SANGUINETI

Los que huyeron y los que avanzaron

Um Sa^cd extendió las palmas. Entre los surcos que el cansancio y el sufrimiento le habían cavado vi las huellas rojas de una herida que aún no había cicatrizado por completo.

—¿Qué te pasó Um Sa^cd? ¿Te peleaste con las moras?

Y otra vez acercó las manos a mi cara. La piel parecía una tierra sedienta.

—No, primo. Anteayer me pasé la noche recogiendo del suelo pedazos de metal.

—¿Anteayer por la noche?

* * *

Um Sa^cd estaba dando de comer a su pequeña cuando oyó los ecos de la primera explosión. El campamento de la "Torre" no está lejos del aeropuerto. En el primer momento se dijo: alguien está festejando el año nuevo por adelantado. Afinó el oído. Algo le dijo que el aire estaba preñado de un peligro más grande.

Su día había sido un desierto reseco por el cansancio. Desde temprano en la mañana había fregado ropa y trapadores. Había limpiado ventanas, lustrado pisos y sacudido tapetes (en las casas de otros por supuesto; su casa del campamento es un cuarto dividido en la mitad por una lámina de zinc). Estaba cansada y se puso a dar de comer a la niña para acostarla. Entonces oyó los ecos de la primera explosión.

Cuando oyó la segunda ya no dudó. Dejó a la pequeña

y volvió a salir. Llegó al camino a través de las dunas de arena roja y pudo ver las lenguas de fuego que se hundían en nubes de humo perdidas en la oscuridad.

Se detuvo confusa. Oía estallidos y un silbido penetrante. No sabía qué hacer.

* * *

—¿Estabas sola?

—¿Sola? ¿Qué crees, primo? ¡Sola...! Éramos como hormigas. Todas las mujeres del campamento, los niños, los jóvenes, todos. Salieron como si se hubieran puesto de acuerdo de antemano. Nos quedamos allí. Parados, sin saber qué hacer. En el horizonte se veían las explosiones. Entonces oímos el motor de un avión que pasaba cerca. Y levantamos la cabeza.

El avión llegó. Estaba pintado de negro. Dio unas vueltas, suavemente, en lo alto y comenzó a lanzar sus balas sobre nuestra calle. Um Sa'd oyó un sonido metálico, como un tañido que lo cubriera todo. Se lanzó al asfalto y tomó entre sus dedos un pequeño trozo de acero con cuatro cabezas dentadas.

—Con esto van a estallar las llantas de los automóviles. Lo dio vueltas entre los dedos.

Las mujeres se lanzaron al camino en sombras. Luego los niños. Se pusieron a juntar los trocitos de hierro y a arrojarlos a la arena. Se desparramaron con rapidez, como fantasmas, a lo largo del camino. Lo limpiaron de obstáculos. Cada vez que el avión volvía se echaban en la arena. Y cuando se alejaba volvían ellos a la calle.

* * *

—El avión daba vueltas en el aire, muy suavemente. Casi nos tocaba la cabeza. En un momento estuvo tan cerca que pensamos arrojarle piedras. Pero pasó demasiado rápido y nos lanzó otro puñado de esos malditos hierros. Pero nos apuramos y los recogimos todos.

—¿Y limpiaron toda la calle?

—En ese mismo momento. Trabajamos como *efrits*. Pero había autos. Sus dueños los habían abandonado en la mitad del camino. Por el ataque. Estaban en un mal lugar. Tratamos de empujarlos a la derecha o a la izquierda pero no se movían. Tuvimos miedo de que los dueños nos vieran y creyeran que tratábamos de robarlos.

—¿Y qué, Um Sa^cd? ¿Y qué?

—¡Claro! Tú no entiendes nada. ¿Qué hubiera hecho yo si uno de los dueños me señala? A mí, con mis ropas gastadas y mis cabellos revueltos. El viento del avión me hizo volar el pañuelo. Tenía la cara manchada de arena y sudor. ¿Y si dice: la vi robando mi auto?

—Estás equivocada Um Sa^cd. Estaban haciendo un trabajo grandioso.

—Lo sé, primo. Pero yo no puedo confiar en un hombre que deja su carro en medio de la calle. Obstruir el paso y escaparse en un momento como ése . . . No, no podría confiar en alguien como él.

* * *

El fuego se calmó. El humo seguía tiñendo el horizonte. Um Sa^cd se paró en medio de la arena y se miró las manos heridas. Los niños comenzaban a volver a sus casas.

Por un instante pensó en Sa^cd y lo sintió otra vez dentro de su cuerpo, como el día que nació. Sintió que algo la hacía estremecer pero no pudo saber qué era. Algo sorprendente, una especie de confianza en el futuro. Como una esperanza.

“Ahora en algún lugar —se dijo— Sa^cd está de pie, bajo un techo de humo. Con sus piernas firmes como siempre. Como un árbol, como una roca. Cobrándose con su arma el precio de todo este humo.”

Um Sa^cd volvió a extender las palmas frente a mí. Las heridas corrían sobre la piel áspera, como tenues ríos rojos. Y me llegaba de ellas un olor único. El olor de la resisten-

cia, del valor cuando son parte del cuerpo y de la sangre del ser humano.

—No te preocupes... Son heridas muy leves.

—¿Estas? Por supuesto. Sanarán. Las curarán los días. El polvo del cansancio las cicatrizará. Sobre ellas se acumulará el óxido de los trastos que lavo, la mugre de los pisos que limpio, la ceniza de los ceniceros que vacío, el lodo del agua con que lavo... Sí, primo, sí... Estas heridas se hundirán en ríos de cansancio. Mi aliento las secará. Durante el día se lavarán con el sudor caliente en que amaso el pan de mis hijos... Sí, primo... Mis días de oprobio las cubrirán con una costra dura. Y será imposible que alguien las note. Pero yo sé, yo soy la que sé. Seguirán hiriéndome bajo esa costra. Lo sé.

La carta que llegó después de treinta y dos años

Ese día Um Sa'd se puso a recordar una época que parecía lejana. Habló de un hombre llamado Fādil. Lo habían matado en el 48, ¿o después? No se acordaba con exactitud. Pero eso no importaba en absoluto. Todo el caso, desde el comienzo, tenía que ver con otro hombre.

Ese día llegó preocupada. Comenzó a dar vueltas por la casa sin saber exactamente qué hacer. Parecía perdida. No escuchaba lo que le decía. Entonces salió a la terraza y se ocupó de algo que ni a ella ni a mí nos parecía necesario. Mi esposa dijo: "Algo inclina los hombros de Um Sa'd". Yo sé que Um Sa'd es una caja cerrada sobre sus preocupaciones. Que no se abre a nadie hasta que las voces del cansancio, la preocupación o el miedo a lo desconocido están clamando dentro de ella. Estuve a punto de volver a mis cosas. Pero entonces me preguntó si no conocía a un campesino de Gabasiya llamado Fādil. Si no había oído hablar de él.

Le dije que nunca lo había conocido y los labios se le

pusieron tensos. Me preguntó si conocía a un hombre llamado Abd al-Mawālī, de una aldea al oeste de Gabasiya.

—¿Es el hombre que se pasó a los israelitas y llegó a representante del parlamento?

—El mismo.

—¿Cómo te acordaste de él?

Se veía confundida, profundamente triste, cansada y sin ganas de hablar. Comencé a sondearla. Tenía que saber qué significaba esa extraña explosión por un hombre que desde hacía veinte años no tenía nada que ver con ella o con sus recuerdos. Entonces confesó como en un susurro: "Abd al-Mawālī mató a Fádil".

Lo dijo con una brevedad sorprendente. Y el caso se me hizo más oscuro, más intrincado. Regresó a sus vueltas, como un pájaro que siente frío y busca abrigo.

—¿Sucedió algo malo con Sa'd?

—Está bien. Ayer me mandó una carta. La verdad, primo, es que estoy confusa.

—¿Qué pasó, Um Sa'd?

Sacó del pecho una hoja arrugada. Me la tendió.

—Hasan me la leyó. Desde entonces estoy preocupada.

Yo conocía la letra de Sa'd. La había escrito él, con un lápiz de punta gruesa. Hablaba de un compañero suyo, Laiṭ. Había caído preso. Sa'd sabía que la familia le mandaría a pedir a Abd al-Mawālī que intercediera por su hijo, en recuerdo de la antigua amistad que los unía. Traté de seguir leyendo esa extraña carta pero la escritura se veía borrosa en los dobleces y desgarrones de la hoja.

—¿Y qué es lo que te preocupa?

—Sa'd me dice que vaya con la madre y le diga que no.

—¿Y fuiste?

—Esta mañana pasé junto a su casa del campamento pero dudé delante de la puerta. Es una cosa difícil, primo. Muy difícil. Cualquiera cosa que le dijeras en este caso, parecería que le estás escupiendo la cara.

—¿Y qué tiene que ver Sa'd con eso?

—Conoce a Laiṭ desde pequeño y creo que Laiṭ se lo

pidió a Sa'd... ¿Para qué te voy a mentir? Lait le dijo a Sa'd que si le pasaba algo su familia trataría de escribirle a su primo Abd al-Mawāli y Sa'd tiene que impedirlo.

Se sentó en una silla, como si automáticamente el asunto hubiera perdido su importancia. Puso las palmas una sobre la otra, en ese movimiento único que parecía el abrazo de dos pájaros. Podía ver la carta de Sa'd que se aparecía entre sus manos, con su borde blanco, con su voz llorosa que venía de lejos y que no se podía eludir ni ocultar. Y de repente sentí que me pasaba a mí todas sus preocupaciones.

—Conozco a Sa'd. Lo hará.

—¿Estás segura de que la familia le escribió a Abd al-Mawāli?

—No, no estoy segura. Tengo que estarlo y eso es lo difícil.

Si estuviera segura de algo no dudaría. Pero ir con la madre de Lait y decirle: "Buenos días Um Lait. Que Dios la bendiga. Sa'd dice que no". Eso es algo que no se puede hacer con facilidad. Desde ayer por la tarde me siento como si llevara al hombro el saco de Balan. Te digo la verdad. Desde que oí el nombre de Abd al-Mawāli, cuando Hasan me leía la carta, el cuerpo se me puso a temblar como si se me hubieran subido los *efrits* encima.

Ese hombre no me gustaba. Desde hace tiempo, desde la época de Palestina. ¡Bendito sea Dios!

La curiosidad me carcomía aún.

—¿Antes de que muriera Fādil?

—Me acordé de Fādil al instante. Uno no puede acordarse de Abd al-Mawāli sin acordarse de Fādil. Los dos estaban juntos en la carta de Sa'd.

—¿Dijiste que Abd al-Mawāli mató a Fādil?

—No exactamente. No quiero decir que tomó un arma y le disparó.

—Entonces ¿cómo fue?

—Abd al-Mawāli pretendía ser el jefe de su gente. Era un hombre que tenía propiedades y empleaba a otros campesinos. Tenía olivos y tabaco. Se los vendía a la compañía

Qarmān. Tú no te acuerdas de esa época y naturalmente no conociste a Fādil. Fādil era un campesino como nosotros. No tenía tierras ni agua y en la revolución del 36 Fādil subió a la montaña. Iba descalzo y llevaba su fusil. Estuvo ausente mucho tiempo.

* * *

En ese entonces Um Sa'ā d era joven. Era la aurora de su juventud. Escuchaba las historias sin entenderlas totalmente. Hablaba de la huelga de los 6 meses y de los campesinos que se habían llevado las armas y habían subido a la montaña.

—Y entonces llegó una carta de los reyes árabes. Los hombres bajaron a sus casas. No me acuerdo muy bien. Si me preguntaran ahora cómo fue... no sabría. Pero recuerdo muy bien un hecho. Dijeron que en la aldea tal iba a haber una fiesta. ¡Pobre de mí! ¿Una fiesta para qué? En todo caso, ese día, nos dijeron que fuéramos allá. La ida era gratis. Fuimos a ver...

Fādil volvió junto con los que regresaron a la aldea. Bajaron de la montaña descalzos, como subieron y vivieron. Parece que el camino fue largo. Llegaron con los últimos que venían de las aldeas vecinas. Con los pies y las ropas destrozados. Exhaustos, cansados hasta el último aliento. Fādil no encontró lugar en la plaza que estaba repleta de gente. Sólo había un lugar en el umbral de una de las casas más alejadas. Se sentó a descansar y a pensar en sus pies destrozados, llenos de tierra, de espinas y sangre.

Yo estaba parada con las mujeres, no lejos de él. Al principio no le presté atención. Hasta que escuché a una mujer que le decía a otra: "ése es Fādil, el que trabajaba en las prensas de aceite. Fue de los primeros en subir a la montaña". De repente la gente comenzó a aplaudir. Miramos al frente y vimos a Abd al-Mawālī subido a una tarima. Comenzaba a narrar algo. Imagínate los aplausos. Ahora no recuerdo sobre qué habló pero seguramente hablaba sobre la revolución y la victoria y los ingleses y los judíos.

No sé por qué en ese momento miré a Fādil y vi que extendía el brazo, señalando a la gente. Estaba diciendo algo. Al principio pensé que querría pedir algo; un sorbo de agua o comida. Me acerqué para ayudarlo. Y cuando llegué a su lado me di cuenta que hablaba consigo mismo. Nunca voy a olvidar aquello. La verdad, primo, que eso es todo lo que sé de Fādil.

—¿Y qué estaba diciendo?

—Lo oí decir: "¡Por Dios! Yo me destrocé los pies y es a él al que aplauden." No sé por qué esa frase me da vueltas en la cabeza todo el tiempo. Tú sabes. No es que la recuerde todos los días. Pero estaba en mi cabeza. Y cuando llegó la carta de Sa'd, los dos se me aparecieron juntos, Abd al-Mawālī y Fādil.

Volvió a desplegar la hoja blanca, gastada de tanto estar oculta. En ella, en su pequeñez y brevedad, vi un largo relato casi increíble. Um Sa'd continuó:

—Y ahora, Abd al-Mawālī vuelve a aparecerse, después de veinte años. ¿Te lo imaginas, primo? ¿Cómo puede suceder algo así? No habló de Lait. Sino de Fādil. ¿Entiendes lo que quiero decir? Fādil murió después de eso. Unos dicen que murió tuberculoso, en la prensa. Otros que resbaló y se cayó al río. Otros que lo mataron en la guerra del 48. Algunos dicen que salió de Palestina en el 49 y que volvió y lo mataron en el camino. Pero ése no es el caso. Yo siempre me lo imagino sentado en aquel umbral y la sangre que se secaba, mezclada con la tierra y el lodo de los pies. No me lo imagino muerto. Y al mismo tiempo oigo el ruido de los aplausos y de los gritos de alegría... Abd al-Mawālī, como te dije, se volvió alguien importante allá. Fue un traidor y por eso es importante entre ellos. En el parlamento, como te dije ... ¡Qué lāstima!...

* * *

Se paró y comenzó nuevamente a dar vueltas, como si estuviera atada a esa hoja que Sa'd había escrito en algún

lugar desconocido. (Quizás la apoyara en un tronco de árbol o en la culata de su rifle y por eso las líneas parecían toscas, rudas, cortadas.)

—¿Qué vas a hacer, Um Saʿd?

Movió la cabeza, confusa y volvió a su primera idea:

—Si voy con Um Laiṭ y le recuerdo la historia de Fādil y Abd al-Mawālī, serviría eso de algo?

—Quizás. Pero por qué hablas como si estuvieras segura de que piensan escribirle.

—No, no estoy segura de nada. Pero tengo que hacer algo. ¡Ay, primo...! Si ese día Fādil se hubiera parado en aquel umbral y aplastado a Abd al-Mawālī, ¿no hubiera terminado todo esto?

Se quedó callada. Estuve a punto de decirle que si hubiera hecho eso no hubieran sucedido muchas cosas. No se hubiera pasado veinte años en el campamento.

—Si hubiera hecho eso la gente lo hubiera matado a él.

—Es verdad. En ese entonces la gente lo hubiera matado... Mejor hubiera sido que se quedara en la montaña, que no hubiera ido a la fiesta.

—Si se hubiera quedado en la montaña, Abd al-Mawālī igual hubiera podido hacer la fiesta.

—Es verdad, si todos se hubieran quedado... ¿Pero qué pasó? A Fādil se le subían a la espalda. En la prensa, en la montaña y otra vez cuando volvió a la prensa. Si hubiera venido al campamento hubiera pasado lo mismo. Por eso Saʿd quiere impedir esto. ¿Lo entiendes ahora? No quiere que hagan de Laiṭ otro Fādil.

Se volvió y me miró directamente a los ojos: esa espada que empuñaba en los momentos de la profecía, con su velocidad de bala, con la capacidad de dar en el blanco que tiene la verdad. Extendió lentamente el brazo, con aquella hoja gastada y blanca. Ala de pájaro fugitivo que llega de un lugar que huele a muerte y resistencia. Y llegaron sus palabras, violentas como el trueno de los cañones:

—Nadie le dijo eso al pobre Fādil... ¿Por qué no lo

dices tú, ahora?... Tú que sabes de libros y de escuelas. ¿Por qué no se lo dices a la familia de Lait?

El conserje ... y sólo dos libras

Um Sa'd sujetó su pequeño atado, se lo puso bajo el hombro y salió para regresar al campamento. Pero en unos minutos volvió. Me agarró del brazo y me llevó a la terraza. Me señaló un hombre diminuto parado junto a su bicicleta, donde el sendero se cruza con la calle.

—¿Ves ese mono?

—¿Aquel que se apoya en la pared al lado de una bicicleta?

—Ese mismo. Por favor ve y dile que te muestre si es hombre y deje de molestarme.

—¿Por qué Um Sa'd?

—Te lo digo: si no lo haces tú, voy a bajar yo y lo voy a golpear.

Bajé con Um Sa'd y la llevé por el otro lado del sendero, evitando pasar junto al hombre, pequeño y oscuro. Durante el camino Um Sa'd me dijo que el hombre que la esperaba quería que volviera a trabajar en un edificio en la ciudad. Había trabajado allí un mes y tres días, limpiando las escaleras y los pasillos. Y cada vez le pagaban cinco libras.

—¿Y quién es ese hombre?

—Es el conserje. Lo envía el dueño. Desde el viernes que me persigue, primo. Y yo no quiero volver a trabajar allá. No quiero verle la cara, su cara de mono, al dueño del edificio.

—Pero él te dio trabajo, Um Sa'd.

—Así estoy mejor. ¿Sabes? Un día vino el conserje y me dijo que me había encontrado trabajo en el edificio en que él trabajaba. Tendría que lavar las escaleras y los pasillos desde arriba, en el piso octavo o séptimo, no sé, hasta la calle. Y me dijo: te darán cinco libras cada vez. La

subida era difícil pero prometió llevarme en el ascensor sin que el dueño se enterara. Así el trabajo sería más fácil. Tres veces por semana. Me dije que era algo bueno, que Dios me había ayudado. Pero después de un mes y tres días...

* * *

Um Sa'ā llegó, subió, al octavo piso sin aliento, detrás del agua y la espuma del jabón. El frío del invierno le mordía los pies descalzos. Con la carne de las manos enrojecida por las huellas de los zapatos de los que subían y bajaban, restregaba el piso de mármol. La rodeaba la noche, y la gente que dormía profundamente en el calor de sus cuartos amplios, detrás de las puertas cerradas. De repente vio una mujer parada detrás suyo, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirándola fijamente como si estuviera esperándola hacía tiempo. Se encontraron sus miradas.

—¡Que Dios te dé salud!

—¡Que Dios te la dé a ti, hermana!

Um Sa'ā se enderezó cuan alta era, llevando la espalda hacia atrás. Sintió el dolor que le doblaba los huesos. La mujer parecía del campo, extraña en su oscura espera.

—¿Bien?

La mujer habló:

—Vengo a decirte algo. Yo limpiaba estas escaleras tres veces a la semana y después de un mes y tres días el administrador me dijo adiós. ¿Cuánto te pagan a ti?

—Cinco libras, hermana.

—A mí me daban siete. Tengo cuatro hijos y me dijeron que siete libras era mucho.

—E hicieron que yo te quitara el trabajo. ¡Que dios les corte el cuello!

La mujer se acercó dos pasos.

—¡Qué culpa tienes tú! Eres como yo y tienes hijos. Pero cuando me quitaron el trabajo yo me dije: ve con ella.

Quizás en el lugar donde trabajaba antes necesiten a alguien. Ella te lo dirá.

—¿De dónde eres?

—Del sur.

—¿Palestina?

—No, libanesa..., del sur.

Um Sa'd se secó con el delantal las manos cortadas. Comenzó a bajarse las mangas enrolladas. Miró alrededor.

—Hermana, te juro que no lo sabía. Y no me lo dijeron. Ponte a lavar el resto de la escalera. Que dios maldiga el edificio y a su dueño juntos. Trabajé aquí un mes y tres días pero aún no me han pagado las dos últimas semanas. Mañana por la mañana ve con el administrador y dile que Um Sa'd te cede su paga.

La mujer empezó a sollozar. La escalera estaba mojada y el murmullo del agua, al deslizarse de un escalón a otro, llegaba a sus oídos como el rugido confuso de un profundo río. Y sin volverse Um Sa'd comenzó a bajar la escalera. Por largo tiempo oyó los sollozos de la mujer parada en el descanso del tercer piso. Cuando llegó al vestíbulo se detuvo un momento prestando oídos. Hasta que oyó nuevamente el ruido del agua que caía. Entonces respiró profundamente y al salir a la calle se dio cuenta que lloraba.

* * *

—¿Y qué quiere de ti ese pequeño hombre?

—Quiere que vuelva. La vez anterior me dijo que el trabajo de esa mujer no les gustaba. Que mi trabajo es mejor. Mintieron y yo lo sé. Querían ahorrarse dos libras.

Nos estábamos acercando a la calle. Um Sa'd se detuvo y señaló con el brazo hacia la ciudad tumultuosa, amontonada en la distancia.

—Cada vez que me acuerdo de esta historia se me encoge el cuerpo y siento ganas de llorar. Me da un temblor cuando veo ese conserje que me persigue de un lado a

otro. Quieren que nos golpeemos unos a otros para ahorrarse dos libras. ¡Desgraciados de nosotros!

Ese gran edificio vale más de mil libras, bastante más. Y a pesar de eso nos les importa si yo le quito el pan a otros. Mira lo que hace el conserje. Ese maldito conserje. Los defiende. Se pasa todo el día montado en la bicicleta para ahorrarles dos libras.

En ese momento llegamos a la calle y nos paramos a esperar el auto que la llevaría al campamento. Y allí tuvo una idea.

—Si yo y el conserje y la mujer le hubiéramos dicho al administrador...

Se quedó en silencio y se puso a mirar hacia la ciudad, amontonada en el polvo de la triste noche.

Um Sa°d consigue un nuevo amuleto

Una mañana Um Sa°d me dijo que el efendi se había enojado con ella. Le había dicho:

—Si quieres a Sa°d, ¿por qué no vas a buscarlo a los bosques y lo traes?

Había tomado la costumbre de pasar todos los días bien temprano por la mañana y preguntar por Sa°d: "¿Volvió?, ¡oímos que vino! Escríbele que vuelva." Y una y otra vez Um Sa°d miraba al efendi en silencio, sin decirle nada.

Ese día llegó. Acaba de decidir algo. Se quedó parado un momento y preguntó:

—¿Es éste Sa°d?

Y señaló una fotografía colgada de la pared con un clavo. Allí estaba Sa°d, con su cara sonriente bajo la mata de cabello ondulado. Um Sa°d sintió un súbito peligro y algo en su interior la hizo saltar hacia el muro. Arrancó la fotografía y la escondió en el pecho.

El efendi se detuvo un momento preparándose, luego se adelantó un solo paso y calculó. Pero Um Sa°d lo contuvo con una palabra:

—Si eres hombre, trata de quitármela.

El efendi se detuvo confuso y se puso a mirar alrededor. Um Sa'd volvió a decir:

—Si quieres a Sa'd, ¿por qué no vas a buscarlo a los bosques y lo traes?

El efendi sonrió y le señaló el pecho.

—¿Qué es ese collar, Um Sa'd?

De abajo del vestido había saltado un dije y se quedó temblando sobre la pechera bordada. Sa'd se lo había dejado la última vez que la visitó: una cadena de metal que terminaba en una bala vacía, con la base de cobre perforada.

—Tus joyas han cambiado estos días.

Um Sa'd lo miraba con cautela. Sus dedos se aferraban a la bala que colgaba de la cadena. Se encontró diciéndole:

—Esto no es un collar.

—¿Qué es entonces?

—Es un amuleto.

—¿Un amuleto?

—Un amuleto.

—¿Un amuleto que te trajo Sa'd?

—Sí, lo trajo Sa'd.

El efendi dio una vuelta lenta por el cuarto, observando las cosas. Miró cuidadosamente las sábanas apiladas en un rincón, los platos de metal aún sin lavar, el techo de metal que comenzaba a brillar con el calor del verano y el montón de lodo a la puerta.

—¿Y entonces por qué me dices que Sa'd no volvió?

—Es verdad, vino y se fue.

—¿No te pedí que nos avisaras cuando viniera?

—Tuve miedo.

—¿Tuviste miedo por él?

—Tuve miedo por ti.

Los dedos seguían aferrados a la bala que le colgaba del pecho. Bajo el vestido sintió el calor que le llegaba de la fotografía de Sa'd. El efendi se acercaba ahora a la puer-

ta pero se detuvo junto a la pequeña ventana abierta en la pared. Del marco de madera tomó un trocito de tela. Un triángulo de colores, atado con un hilo grueso. Lo dio vuelta entre los dedos.

—¿Tu antiguo amuleto?

—Así es.

—¿Y por qué...?

Pero no terminó. La respuesta aparecía clara en los ojos de Um Sa'd, en sus dedos que seguían dando vueltas a la bala ligada a su pecho con la cadena de metal. La miró largamente y salió.

Le dije:

—¿Y cuándo te envió Sa'd la bala?

—No me la mandó. La dejó en casa cuando nos visitó la otra vez. La estuve viendo todos los días entre los pliegues de las sábanas y decidí llevarla en el pecho. Un día vino el hijo de nuestra vecina, la perforó, le sacó la pólvora y le puso una cadena.

—¿Y el antiguo amuleto?

—Me lo hizo un viejo šaij cuando estábamos en Palestina y un día me dijo: "ese hombre era un charlatán, sin duda: ¿Amuleto? Lo tengo colgado desde que tenía diez años. Seguimos siendo pobres. El trabajo nos sigue matando. Tuvimos que huir y vivimos aquí veinte años. ¿Amuleto? Esa gente se gana la vida burlándose de los demás. Esa mañana pensé: si con el amuleto estamos así, ¿como me irá sin él? ¿Podrá pasarnos algo peor?" Entonces me dijo: éste es de Sa'd... Tú ya sabes. ¿Para qué quieres que te cuente todo?

—Pero tú eres la causa del problema de Sa'd. Ahora, si no vuelve, ellos lo colgarán.

Y al mirarme había en los ojos de Um Sa'd un dejo burlón. Estaba a punto de darme una respuesta que entendí antes que llegara.

Un rifle en el campamento

De repente todo cambió. Abū Sa'd dejó de ir al café y su forma de hablar a Um Sa'd se volvió más tierna. Incluso esa mañana le preguntó si todavía estaba cansada y sonrió largamente cuando ella lo miró preguntándole la razón. Siempre llegaba exhausto, le pedía la comida de una manera ruda y casi se dormía mientras masticaba el último bocado.

Cuando se quedaba sin empleo aumentaba su rudeza y comenzaba a ir al café donde bebía té y jugaba *backgammon* e insultaba a la gente. Cuando regresaba a casa no podía tenerse en pie. Se quedaba dormido con la cabeza apoyada en los hombros anchos, fuertes como el acero, cubiertos de cemento y de tierra. Se ponía a roncar ruidosamente y por la mañana peleaba con su sombra. Um Sa'd preparaba sus pobres cosas para ir al trabajo bajo el látigo de sus miradas furiosas e inexplicables. Un día Um Sa'd sintió, en su aliento, olor a vino.

Pero ahora de repente las cosas habían cambiado. Y cuando oía pasos delante de la ventana de la casucha, en ese corredor lleno de lodo y tan estrecho que no permitía que pasara más que una persona, asomaba la cabeza y se ponía a hablar con el que pasaba. Le hacía toda clase de preguntas. Hablaba del *Klashinkof*. Aunque prefería decir *Klashin* como hacía Sa'd cuando los visitaba.

Ese mediodía se había acercado al altoparlante. Nunca antes se había escuchado algo semejante. Se paró allí, sobre la pared. Se quedó a la espera, como atónito. Los niños del campamento, las muchachas y los hombres saltaban por encima del fuego, se deslizaban debajo de los cables, empujando sus armas. Entonces vio a Sa'id, su hijo menor, mostrando a la multitud cómo debían comportarse los combatientes en un ataque frente a frente, para evitar la muerte. Cuando Sa'id entró al círculo la gente se puso a aplaudir. Um Sa'd se acercó y se quedó parada junto a su esposo

sobre un techo bajo. Se asomó a la plaza y cuando distinguió a Sa'id comenzó a dar largos gritos de alegría en respuesta a los que sonaban a lo ancho y a lo largo del lugar. Abū Sa'd le dijo: "Mira ... ¿lo ves? Es Sa'id... ¿Lo ves? Míralo bien." ¡Como si no lo viera! Como si no estuviera con él, en medio de ese círculo, contando las gotas de sudor que se deslizaban por su pequeña frente oscura.

Sa'id se acercaba paso a paso en dirección a su adversario apretando un hierro entre sus pequeñas manos, inclinandose un poco. Abu Sa'd puso una mano sobre el hombro de su esposa y lo apretó con un amor inesperado. Las lágrimas brotaron de los ojos de Um Sa'd, ocupada totalmente en Sa'id.

Sa'id se acercó, evitó un golpe de su adversario y en un abrir y cerrar de ojos arrancó el rifle de las manos de su rival. Los aplausos sonaron como un trueno en la plaza del campamento. Entonces se dio vuelta y lo levantó bien alto, debajo de la bandera que ondulaba sumándose a los aplausos.

Abū Sa'd aplaudió mucho. Estaba parado cuan alto era y se puso a mirar alrededor con orgullo. Su mirada se encontró con la de Um Sa'd, se desvió y dijo:

—¿Lo viste? Es Sa'id.

Señaló al niño y acercó la cabeza a la de ella para ver mejor hacia donde señalaba.

—Allí está. Es el que levantó el fusil. ¿Lo viste bien?

Um Sa'd se puso a gritar para no reírse. Los aplausos seguían sonando. El niño blandía su fusil frente a los hombres reunidos. La frente le brillaba con la luz del sol que se ponía. De repente un viejo, sentado en el borde de la pared, se volvió hacia Abū Sa'd.

—¡Si hubiera sido así desde el principio, no nos hubiera pasado nada!

Abū Sa'd se mostró de acuerdo. Contempló sorprendido las lágrimas que asomaban a los ojos del viejo.

—¡Ojalá lo hubiera sido!

Tomó al viejo por el hombro y con el brazo extendido señaló el centro de la plaza.

—¿Ves ese niño que levanta un fusil? Es mi hijo Sa'íd.
¿Lo ves?

Quizás el viejo no veía bien las cosas.

—¡Que dios te lo guarde! Niño valiente.

Abū Sa'd enderezó un poco la cabeza y siguió diciendo:

—Su hermano mayor está con los fedayines, en los bosques.

—¡Bravo!

Abū Sa'd atrajo a su esposa hacia sí y se la señaló al viejo que seguía mirando la plaza:

—Esta mujer pare hombres y ellos se hacen fedayines. Los pare y Palestina los recibe.

Sólo entonces el viejo se volvió a Um Sa'd que reía sin apartar la vista de Sa'íd. Ahora el niño le devolvía el fusil a su compañero y se unía nuevamente a la larga hilera de niños parados, con sus ropas de kaki, en medio de la plaza.

Desde ese momento Abū Sa'd cambió. Así me dijo Um Sa'd. "Por supuesto, la situación es distinta. El hombre me dijo: 'La vida tiene un sabor. Ahora, sólo ahora.' Si vieras a los muchachos en el campamento. Todos llevan un fusil o una ametralladora. Hay un uniforme de kaki en cada casa. ¿Viste lo que ha hecho Sa'd?"

—¿Y qué tiene que ver Sa'd con eso?

—¡Cómo no! Crees que eso sucedió por casualidad. Si supieras, primo. Los fusiles son como el sarampión, contagiosos. Entre nosotros, los campesinos, se decía que si el niño tenía sarampión era que empezaba a vivir y que estaba protegido. Cuando vi a Sa'd cargando su ametralladora le dije al efendi aquel: "él que tiene suerte, la tiene". El miércoles el efendi fue el primero en salir. El campamento ardía de entusiasmo. Como si alguien hubiera arrojado un cerillo en un montón de paja. Si hubieras visto, si vieras a los muchachos del ...

—¿Y Abū Sa'd?

Um Sa'd golpeó las manos, dos pedazos de madera que sonaban:

—La pobreza, primo, la pobreza... Convierte un ángel en demonio y un demonio en ángel. Qué podía hacer más que dejarse llevar y pelearse con la gente, conmigo, con su sombra. A Abū Sa'd lo aplastaron. Lo destrozó la pobreza y las humillaciones. Esta maldición de tener que subsistir. Lo destrozaron bajo los techos de zinc. ¿Qué podía hacer? La ida de Sa'd le devolvió algo de su espíritu. Sus días se han vuelto mejores. Y desde que vio a Sa'id, lo han sido aún más, mucho más. Vio el campamento de otra manera. Levantó la cabeza. Comenzó a ver, a verme a mí y a sus hijos de otro modo. ¿Entiendes? Si lo vieras ahora. Camina como un gallo. Si alguien pasa junto a él con un fusil al hombro, lo palmea. Como si le hubieran robado su viejo rifle y recién ahora lo encontrara.

Se detuvo un instante, pensaba en lo que había dicho. Y de repente pareció recordar algo:

—Hoy por la mañana se despertó muy temprano. Cuando lo alcancé afuera, lo vi parado en el camino, fumando su cigarrillo. Lloraba apoyado en la pared. Antes de darme los buenos días me dijo: "Um Sa'd, hemos vivido, hemos visto..."

El cuarto se llenó con el antiguo olor a campo. Um Sa'd tomó su pequeño atado y se dirigió a la puerta. Por un momento creí que se había ido pero oí su voz que me llegaba a través de la puerta abierta de par en par.

—¡La vid tiene brotes, primo, tiene brotes!

Caminé hasta la puerta. Um Sa'd estaba inclinada sobre la tierra, allí donde plantara —en un tiempo que ahora se me hacía muy lejano— aquel gajo de vid seco que me trajo una mañana. Mirando la cabeza verde que hendía la tierra con una fuerza que tenía voz.

Quisiera agradecer a la profesora Amira Chelhot, por haberme ayudado a cotejar esta traducción con su original árabe.